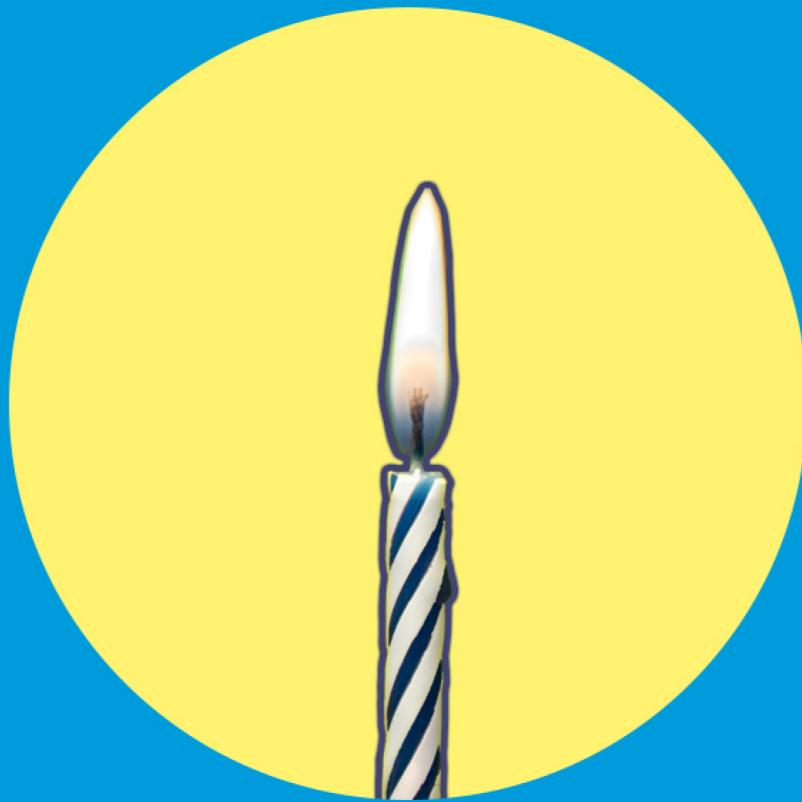


Viernes de cumpleaños

Fernando Muñoz

VIERNES DE CUMPLEAÑOS



FERNANDO MUÑOZ

Capítulo 1

Repitió la maniobra por vigésima o trigésima vez, pero con la misma ilusión que en la primera. Anudó la boca del globo rodeando el hilo que formaría la guirnalda principal y se dispuso a inflar el siguiente.

Vicky llegó al porche con el enorme rollo del que sacarían los manteles de papel. Lo extendió sobre la mesa de los niños, recortó a lo ancho y fijó con pinzas de plástico por los cuatro lados.

—Menos mal que se te ocurrió comprar esto —agradeció Laura levantando el inflador—. Si hubiera tenido que hacerlo a pulmón, no llegaba a seis globos.

Su hermana le sonrió.

—¿Quieres que siga yo?

—¡Qué va! Estoy terminando. Ya solamente queda colgar ésta.

Las columnas del porche, entre las que pendía el letrero «Felicidades Pablo», habían sido rodeadas con las dos primeras ristras de globos. La última serviría para enmarcar el exterior de la ventana frente a la que habían dispuesto la mesa.

Cuando hubo atado el globo de cierre, Laura se percató de que había dejado el móvil en el comedor y no podía comprobar el tiempo del que disponían hasta la llegada de los niños. Vicky reapareció cargando en ambas manos sendos platos de plástico a rebosar de patatas fritas.

—¿Qué hora es?

Instintivamente, Vicky giró la muñeca para mirar su reloj, volcando uno de los platos. Las estrellas, ruedas y ganchitos se derramaron por el suelo.

—¡Mierda! —exclamó Laura, tratando de aguantar un ataque de risa—. ¡Perdona!

—Pues menos mal que todavía queda un rato —fue la respuesta de su hermana, tomándose con humor el incidente—. Son menos cinco.

Voy a por la escoba.

Dejó en la mesa el plato que permanecía completo y regresó al interior de la casa. Laura tomó la cinta adhesiva y rodeó de globos la ventana, cuidando de no pisar ninguna patata frita. Cuando Vicky volvió al porche, sujetaba escoba y recogedor con una mano y el recambio de patatas con la otra.

—Voy a ponerme con los bocadillos —se ofreció, dejándole el camino libre.

Antes de sacar los fiambres del frigorífico, dejó listos los platos de frutos secos y aceitunas para la mesa de los adultos. Mientras abría el primer panecillo y lo rellenaba de jamón cocido, Vicky entró a la cocina, vació el recogedor y comprobó el teléfono.

—Me acaba de escribir la madre de Guillermo. Que vendrán a recogerlo sobre las siete y media —adoptó su pose meditabunda, cruzando un brazo bajo el pecho mientras se daba golpecitos en la barbilla con el móvil—. Estoy pensando que lo que podemos hacer es sacar la tarta después de los bocadillos en lugar de al final. Y que el pobre Guillermo no se quede sin tarta, encima de que se va a ir antes.

Laura asintió.

—Entonces la cosa se queda en —se dispuso a enumerar con los dedos—: merienda, tarta, payaso, piñata y a su aire.

—Eso es.

Cuando hubo colmado tres platos con bocadillos, se dedicó al pan de molde y los untables.

—¿No va siendo hora de que salgas?

—Sí, mejor —respondió Vicky con un vistazo al reloj—. Lo tienes controlado, ¿no?

Laura formó un círculo con el índice y el pulgar.

—Muy bien. Pues ahora vengo. Disfruta de los últimos minutos de silencio.

—Ya lo creo que lo haré.

Vicky salió de la cocina, cruzó el jardín y subió a su coche, rumbo al colegio. Laura terminó con los sándwiches, preparó la mesa de los adultos, rodeada por cuatro taburetes, e improvisó una nevera llenando

un cubo con agua y hielo donde mantener fríos y a mano los botes de cerveza.

Había dejado lista una docena de vasos desechables en la encimera cuando los oyó llegar. Por encima de los motores, y sin haber bajado siquiera de los coches, el jaleo de los niños llegaba hasta ella, ansiosos por dar comienzo a la fiesta.

Salió al porche con las manos ocultas detrás de la espalda al tiempo que Vicky abría la puerta del jardín, dando paso a un grupo de chavales capitaneados por su sobrino.

—¡Tita! —gritó Pablo al verla. Corrió hacia ella con la mochila a cuestas y se lanzó a sus brazos—. ¡Qué sorpresa!

—¡Felicidades, tiburón! ¿Cómo iba a perderme tu cumple? —cuando se separaron, le mostró el regalo—. Para ti.

Si Pablo no había esperado encontrarse con su tía al llegar a casa, mucho menos que ésta le recibiera con un regalo. Se apresuró a desenvolverlo y la enorme sonrisa se extendió en su rostro al descubrir el videojuego por el que llevaba semanas rogando; ruegos escuchados por Vicky y transmitidos a Laura.

—¡Muchas gracias, tita! —volvió a abrazarla.

—Ahora, a pasarlo bien con tus colegas.

Ilusionado, Pablo deshizo la carrera para enseñar a sus amigos el regalo que acababa de recibir.

—¡Hala!

—¿Cuál es?

—¡Ese también lo quería yo!

—¡Yo he jugado en casa de mi primo y está chulísimo!

Junto a Vicky entró otra mujer a quien Laura no conocía aunque identificó rápidamente como la madre de algún invitado. A través de unas gafas de sol marrones analizaba cada rincón del jardín: el paseo de piedra, los rosales, el número de flores del limonero, la decoración para la fiesta... Laura tuvo la impresión de que incluso llegó a levantar un pie para medir con la suela de su bota la uniformidad del césped.

—Ella es mi hermana. Laura: Magdalena, la mamá de Chema.

—¿Cómo estás, guapa? —la saludó Magdalena chocando la mandíbula contra su mejilla. El saturado olor de su colonia encajaba a la perfección con su corto peinado en forma de visera—. Echando una mano a la hermanita, ahora que está falta, ¿no?

—Hacemos lo que podemos. ¿Cuál de estos mozos es Chema?

—Ahí lo tienes: el caballere de las gafas.

Laura reparó en el único niño con camisa y pelo engominado del grupo, lo que, sumado a la notable diferencia de edad que la distanciaba de Vicky, le hacía imaginar que esa mujer había parido directamente a un nieto.

—¿Los vamos sentando?

—Sí —respondió Vicky—. No creo que tarden mucho los que faltan.

—¡Hija! ¿Pues cuántos van a ser?

—No tantos. Quedan por llegar tres.

Magdalena se encogió de hombros y frunció los labios, seguramente molesta por descubrir que el club al que había ingresado su hijo no resultaba tan exclusivo como había pensado.

—Chavales, ¿quién quiere merendar?

Los ocho aludidos, entre los que tan solo se encontraba una niña, corrieron hacia Laura y la siguieron hasta la mesa.

—Señor cumpleaños, pase por aquí —dijo arrastrando para sí la silla presidencial—. El señor cumpleaños, he dicho; no usted, amigo —insistió cuando un niño gordo amagó con ocupar el asiento.

El mentado continuó entonces su camino con cara de feliz ausencia.

—Mira, tita: él es Jaime —Pablo señalaba al chico que se sentó a su izquierda—. Ése es Miguel. Y ése, Juan —el gordo era el último de la bancada y el primero en echar mano a las patatas fritas. Pablo entonces miró a su derecha—. Éstos son Arturo y Naiara, que son novios. Ése es Chema. Y el de ahí, Guille.

—Encantada de conoceros a todos —Laura lanzó besos a dos manos— Yo soy Laura, la tita de Pablo. Id empezando con las patatas antes de que se acaben mientras os traigo la bebida.

Marchó a la cocina para hacerse con las botellas de agua, Coca-Cola y Fanta. Vicky la siguió; tomó una de las botellas y los vasos de plástico y volvieron juntas a la mesa.

—¿Quién va a querer agua?

—¡Yo, Coca-Cola!

—¡Y yo, Fanta!

—¡Y yo! O sea, que yo también Coca-Cola, no Fanta.

—Eso está muy bien —atajó Vicky—. Pero ¿quién quiere agua?

Nadie habló.

—Ahora —anunció Laura— que levante la mano quien quiera Coca-Cola —solo dos manos quedaron en tierra—. ¿Y Fanta?

Las manos restantes se alzaron. Cuando Laura y Vicky hubieron llenado todos los vasos se dirigieron a la mesa de los adultos, donde las esperaba Magdalena.

—Bueno, ¿qué? —dijo mientras encendía un cigarrillo—. ¿Cómo se presenta el sarao? Vicky, cielo, ¿tienes un cenicero por ahí?

—Claro.

En cuanto desapareció por la puerta, Magdalena se dirigió a Laura casi en un susurro.

—¿Tú cómo la ves? A mí no me ha contado gran cosa, pero la veo apagadilla... ¿No te parece?

—Lo está llevando muy bien. ¿Tiene Chema algún hermano o hermana?

—¡No, Dios me libre! Es también hijo único, como Pablo... No me quiero imaginar cómo podría llevar Vicky esta situación con otro niño. ¿Viene Alberto a verlo?

—Imagino; no vivo aquí.

Su hermana reapareció para dejar el cenicero en la mesa y seguir su camino hacia la puerta del jardín.

—Me parece que ha llegado alguien —decía sin detenerse.

—La pobre... —el tono dramático de Magdalena obligó a Laura a hacer acopio de paciencia—. Pero seguro que encontrará a una persona. Ya debe estar quedando con alguien, ¿no? Ahora está todo tan fácil con las páginas éstas de contactos...

Vicky dio la bienvenida a un matrimonio con una niña quizá más joven que Pablo y sus amigos. El hombre cargaba la bolsa de una papelería, presumiblemente con el regalo de Pablo en su interior.

—Si te soy sincera, Magdalena, yo soy la hermana promiscua. No tengo que preguntarle a ella ningún método para ligar, como tampoco me ha pedido que la ayude. Y de su divorcio me cuenta lo que considera oportuno; yo no la fuerzo. Ella tiene su grupo de amigas que la apoyan y distraen. No me dice qué les ha contado o dejado de contar. Cada uno le dice lo que quiere a quien considere; y, a quien no, pues no.

Magdalena escuchó inmóvil, congelando la mirada tras las gafas de sol sin dejar de sujetar el cigarrillo entre los dedos índice y corazón. Laura giró sobre sí para ver a los recién llegados felicitar a Pablo y entregarle el regalo. A su sobrino le costó bastante disimular la poca ilusión que le hacía recibir un organizador de escritorio, por muy giratorio que fuese.

—Yolanda, Andrés —presentó Vicky al llegar a la mesa—: ella es Laura, mi hermana, y mi amiga Magdalena, la madre de Chema.

—¿Qué tal? —Laura dio los dos circunstanciales besos a cada uno de los sonrientes padres—. ¿Qué va a beber vuestra hija, para que se lo sirva?

—Muchas gracias —dijo Andrés—. Se va a conformar con agua. Que, si no, luego se pasa toda la noche dando botes.

—Voy para allá. ¿Cómo se llama?

—Paloma.

Cruzó el porche y se acuclilló junto a la niña, sentada en el extremo del banco.

—¡Hola, Paloma! ¿Cómo estás? ¿Te apetece un poco de agua?

Paloma asintió en silencio. Ningún niño parecía haber reparado en ella. Aquel no era su lugar.

—¿Conoces a estos chicos? —preguntó Laura mientras le llenaba el vaso.

La niña negó con la cabeza, sin mirarla. Laura se irguió.

—¡Chavales! Aquí tenemos dos señoritas. Una se llama... —señaló a la otra niña con dedos juguetones, tratando de recordar su nombre.

—Naiara —se adelantó finalmente.

—¡Naiara! Y esta otra damisela es Paloma. Quiero que demostréis todos que sois unos caballeros y que sabéis hacer sentir cómoda a una mujer.

—Pero si Naiara ya es nuestra amiga —rio Juan, el gordo.

—Y por eso vais a hacer que Paloma se sienta tan amiga vuestra como Naiara.

Dio un beso a la cabeza rubia de la niña y regresó con los adultos.

—Qué guapa y educada que es Paloma —dijo a los padres—. ¿Va al mismo cole...?

—¡Chema! ¡Chema, cariño, ven!

El niño cuyo aspecto vaticinaba un inminente acoso escolar respondió al grito de su madre con la carrera propia de un perro adiestrado.

—¡Mamá, Juan está mezclando en su vaso Coca-Cola y Fanta! ¡Y ha dicho que solo quería Coca-Cola!

—Sí, sí. Toma. Dale a Pablo su regalo.

Había sacado del bolso un paquete y se lo entregaba al niño, que trotó de nuevo para cumplir su misión. Cuando Pablo lo desenvolvió, la algarabía que se formó a su alrededor denotó que incluso a los invitados les resultaba más ilusionante que el organizador de escritorio.

—¡Qué guapo!

—¡Yo lo tengo en la Play!

—¿Podemos jugar luego?

—¡Mi primo se lo pasó el otro día!

Magdalena miraba a la mesa por encima de los hombros de Yolanda y Andrés, satisfecha con el revuelo que había causado su regalo. Pablo fue el último en hablar.

—Este ya lo tengo.

La sombra que cruzó el rostro de Magdalena no pasó desapercibida para ninguno de sus compañeros de mesa, que miraron de inmediato a cualquier punto alejado de ella.

—Entonces, ¿me lo das, Pablo?

—¡No! ¡Me lo va a dar a mí!

Magdalena saltó del taburete y se colocó detrás de Pablo.

—¿Ya lo tienes, cariño? ¡Cuánto lo siento! Pero no te preocupes: tengo guardado el ticket para que tu mami y tú lo cambiéis por lo que a ti te apetezca. ¡Y mil perdones, tesoro!

Se alejó de los niños con su andar de pato.

—¿Qué le vamos a hacer, hija? Cosas que pasan —sacó del bolso el ticket de compra y se lo entregó a Vicky—. No sé si son dos semanas o un mes lo que dan para los cambios. ¡Pero quiero que Pablo elija lo que más le guste!

—Muchas gracias, Magdalena. Seguro que lo hará.

El sonido de un coche sugirió a Laura la llegada de otro invitado y fue el portero automático lo que confirmó su idea. Vicky abrió la puerta para recibir al niño, saludar a su madre y, prácticamente en un mismo gesto, despedirse de ella.

—¿No se queda? —le preguntó Laura de camino a la mesa en la que tomaba asiento el recién llegado.

—Tiene que llevar al hermano al conservatorio y al otro a kárate, me parece que ha dicho.

Las posibilidades de una justificada distancia con Magdalena iban disminuyendo. Sirvió Fanta al nuevo invitado y rellenó los demás vasos.

Vicky le tocó el hombro.

—Me dice Enrique que todavía le falta un poco para llegar. ¿Sacamos ya los bocadillos?

—Vamos.

—¡Bocadillos! —rugió el gordo con los brazos en alto. No pareció cambiar la postura hasta que Laura y Vicky colocaron los platos de bocadillos y sándwiches y se hizo con lo primero que su mano atrapó.

Minutos después, Vicky daba la bienvenida al último niño, acompañado de su padre.

—¡Ya está aquí Luis! —celebró Juan mientras engullía el, probablemente, décimo sándwich y agarraba un puñado de patatas que arrojó al mentado—. ¡Por aquí Luis!

Al segundo lanzamiento, su muñeca se topó con la mano de Laura.

—¿Qué hemos dicho sobre comportarnos como caballeros?

Las patatas quedaron reducidas a migajas en el puño de Juan, que mostró a Laura una lengua llena de húmedos restos de comida.

—Buenas, soy Laura —se presentó en su retorno a la mesa de los adultos, luego de recuperar del salón su riñonera.

—La hermana de Vicky, ¿no? —intercambiaron dos besos—. Yo soy Enrique, el padre de Luis. Encantado.

—Lo mismo digo.

Otro estruendo llegó desde la merienda infantil. El regalo de Luis parecía satisfacer a todos los niños por igual, incluido Pablo. Magdalena encendió otro cigarrillo. Laura comenzó a prepararse uno con el tabaco de liar que guardaba en la riñonera. Enrique sacó del cubo una lata de cerveza sin alcohol. Antes de abrirla, señaló el porche con un ademán de su brazo.

—Entonces, ¿esto lo habéis preparado juntas?

Asintió.

—Pues os ha quedado muy bonito —dijo antes de beber—. Luis los cumplió en febrero y Marga, mi mujer, es maestra de Infantil y, claro, está acostumbrada a las manualidades y todo eso... ¡Se puso a hacer que

si carteles, que si un Spider-man y un Batman, que si el Capitán América...!

No estaba presumiendo. Ni comparando. Laura podía recoger de su voz el tono de abrumado elogio que muestra quien se reconoce incapaz de desempeñar las gestas que narra.

—¡Se lo tomó en serio!

—Y ni siquiera me dejaba ayudarla. La tía ahí, sin parar, pim-pam, pim-pam... Oye, que tampoco es que me ofendiera.

—Cuando uno sabe lo que quiere hacer y cómo hacerlo, lo mejor es respetar su forma de trabajo.

—¡Eso digo yo! —brindó—. ¿Tu tienes críos?

—Ni están ni se les espera.

—Como mi cuñado. A mí me parece estupendo que la gente lo tenga tan claro. Tanto para una cosa como para la otra.

—Se agradece. No es habitual esa comprensión.

—Uy, hija, pues no sabes lo que te pierdes —decía tras ella la voz de Magdalena.

Laura la miró con educada sonrisa, esperando que prosiguiera.

—Tener a mi Chema ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida. Es una experiencia como no hay otras.

—No tengo la menor duda —lamió el papel de fumar para terminar de dar forma al cigarrillo—. Y me alegra que tú, o Enrique, o quienquiera, seáis felices como padres.

—Es una bendición —respondió Magdalena solemne, compasiva—. Créeme que lo es.

Laura asintió y su sonrisa comenzó a delatar una expresión circunstancial.

—Voy a echar un ojo a los chavales.

Le pareció oír a Magdalena seguir murmurando y tuvo claro que así era cuando escuchó la elevada y pacífica voz de Enrique:

—Mi cuñado piensa igual. Yo lo respeto.

Los niños se divertían entre bocado y bocado. Incluso Paloma parecía disfrutar con algunos comentarios de los amigos de Pablo.

—¿Cómo va esta gente? ¡Que no me entere de que alguien no se lo pasa bien!

—¡Mira, tita! —Pablo le mostraba un gran muñeco articulado de Hulk.

—¡Hay que ver, qué chulo! ¿Quieres que te guarde alguna cosa para que no se te manche, o se caiga, o lo que sea?

—¡Sí, porfi!

—¿Todos bien por aquí entonces?

Los niños gritaron un alargado «¡Sí!» con el que Laura se levantó para llevar los regalos al interior de la casa. No prendió su cigarrillo hasta volver a salir. Su hermana hablaba muy animada con Yolanda y Andrés mientras Magdalena se encorbaba junto a Enrique con actitud confidencial.

Vicky detuvo su conversación y se acercó a ella, móvil en mano.

—Es el payaso —susurró—. Acaba de llegar. Voy a abrirle.

La siguió con la mirada. Un hombre de sonrisa prudente, no mucho mayor que ella, entró al jardín con un macuto al hombro y tirando de un carrito. Laura giró entonces la cabeza hacia la mesa de los niños; ninguno había reparado en el nuevo visitante.

Vicky guio al payaso por el lateral de la casa hacia una entrada trasera. Reapareció segundos después para abrir una vez más la puerta del jardín. Era otro adulto; sujetaba un regalo, pero no iba acompañado por ningún niño.

—Mira quién ha venido, Pablo —dijo Vicky cuando llegaron junto a él.

—¡Sergio!

El niño abrió los brazos y recibió los cariñosos besos de aquel hombre, seguidos del voluminoso obsequio, el cual resultó ser otro muñeco de *Los Vengadores* muy jaleado por los invitados.

—Laura, si no me equivoco —la saludó después—. Soy Sergio. Vivo justo al lado.

—No, no te equivocas —sonrió—. Encantada. ¿Quieres tomar algo?

—Pues una Fanta o algo así sí que te voy a aceptar.

Laura llenó el vaso mientras Sergio hacía su ronda de presentación. Trataba de recordar si su hermana alguna vez lo había mencionado cuando ésta la llamó al interior de la casa.

—El payaso estará listo a y cuarto. ¿Vamos con la tarta?

—Vamos.

Entraron juntas a la cocina. Vicky sacó la tarta del frigorífico, despojándola de su caja. Laura cortó con unas tijeras el envase de diez velas para formar un círculo con siete de ellas sobre la superficie de chocolate. Las encendió con su mechero y tomó la pala y un paquete de platos desechables.

—Adelante, mamaíta.

Vicky sujetó la tarta con ambas manos y salió al porche. Laura la siguió, comenzando a entonar:

—«Cumpleaños feliz...»

—«Cumpleaños feliz —repitió Vicky, a quien se unió el resto de invitados—. Te deseamos todos —colocó la tarta ante Pablo, que radiaba alegría— cumpleaños feliz».

Apagó las siete velas con un fuerte soplado y estalló el aplauso. Fue besado por su madre y su tía y nuevamente felicitado por todos. Yolanda fotografiaba la escena desde varios ángulos con su móvil. Laura desenclavó las velas de la tarta y Vicky se dispuso a repartirla.

—Para Paloma... Naiara... Juan...

Tras el turno de los mayores, algunos niños habían terminado su porción y pedían repetir. Laura se adelantó para permitir a Vicky tomar su primera cucharada.

—¿Quién quiere más por aquí?

—¡Yo!

—¡Yo lo he dicho antes!

—Relax, compadres, que estamos abastecidos.

Sirvió los platos que le tendían.

—¿Por qué a mí me has puesto menos que a Samuel?

—Os he puesto lo mismo, Juan.

—¡Pero me has puesto menos que antes!

—Os he puesto menos que antes porque queda menos tarta y puede haber más gente que quiera repetir.

—¡No es justo!

—¿Te vas a comer el trozo o se lo damos a otro para que puedas quejarte a gusto?

—¡Me lo voy a comer!

—Pues que aproveche. ¿Alguien más?

Paloma levantó su plato con una sonrisa tímida. Laura le sirvió guiñando un ojo y recuperó su propia ración en la mesa alta.

—Yo he tenido la suerte de estar siempre acompañada —declaró Magdalena—. Todos necesitamos a alguien a nuestro lado. Y creo que tu hermana volverá a estar acompañada más pronto que tarde.

—Es posible —Laura procuró mostrarse lo suficientemente áspera.

—Tú también lo crees.

—La verdad es que creo en muy pocas cosas.

—¿Como cuáles?

Pero fue Enrique quien la salvó.

—Estaban tardando.

Miraba a los niños. Juan había derramado su bebida sobre la mesa y, a juzgar por las quejas de Samuel, en un intento de hacerse con

la tarta de su vecino.

—Ninguna fiesta puede considerarse tal sin un vaso que se caiga o alguien que acabe en la piscina —juzgó Sergio.

—Estamos de acuerdo.

Enrique no había terminado de mostrar conformidad cuando él mismo hizo caer su propio bote de cerveza al dejarlo mal apoyado en el borde de la mesa.

—Hombre, yo te agradezco que estés conmigo, pero esto me parece innecesario.

—¡Qué vergüenza, la Virgen! —decía Enrique mientras recogía la lata, riéndose de su torpeza.

Vicky se acercó a ellos unos minutos más tarde, acompañada de Andrés.

—Su atención, caballeros. Necesito a tres buenos mozos que ayuden a nuestro amigo el payaso a tomar posición.

—Cuenta conmigo, mi disposición y mi cerveza, si hiciera falta —ofreció Sergio.

—Yo digo lo mismo, pero sin la cerveza.

—Andrés va a distraer a los niños —explicó Vicky—. Y vosotros vais a hacer de pantalla para el payaso desde aquí, desde la puerta, hasta el sitio donde vaya a empezar, que os lo dirá ahora.

—Pues adelante.

Laura fingió darse por aludida y acompañó a Andrés en la maniobra de distracción, evitando quedarse a solas con Magdalena. Al pasar por delante de la puerta alcanzó a atisbar al payaso. Se anudaba los cordones de un enorme zapato violeta. Los pantalones iban a juego con la chaqueta, luciendo un patrón multicolor de líneas verticales. Llevaba el pelo recogido en rastas, unidas por una coleta, y coronado por un diminuto bombín torcido. La nariz verde de gomaespuma resaltaba sobre el maquillaje blanco y azul.

—¡Chicos, quiero sonrisas por aquí! —Andrés enarbolaba su móvil desde el otro extremo de la mesa, guiando la mirada de los niños.

Sergio y Enrique atravesaron el porche, uno detrás del otro,

sujetando la sábana tras la que caminaba oculto el payaso.

—¡Otra más! —pidió Andrés—. Ahora, poned cara de malos.
¡Grrrr!

Los niños le enseñaron los dientes. Algunos curvaron sus dedos en zarpas.

—¡Uy, qué miedo dais! —los pulgares en alto de Enrique y Sergio les indicaron que habían cumplido su misión—. Y hasta aquí la sesión de hoy. Ya os enviaré la factura.

Intuyendo lo que ocurriría a continuación, Laura prefirió no volver con ellos y permanecer entre la mesa y el ovillo que se ocultaba en el césped bajo la sábana blanca.

—¡Hala! ¿Qué es eso? —uno de los niños se había puesto en pie y señalaba en dirección al payaso.

—¡Vamos! —animó Juan.

Todos se levantaron y corrieron a investigar el descubrimiento.

—¡Chsss! —con una mano extendida y el índice en los labios, Laura los detuvo justo antes de que llegaran—. ¡Cuidado! No sabemos lo que es. Guardemos silencio...

Los niños retrocedieron con cautelosos pasos.

—Ahora —Laura se agachó— vamos a sentarnos muy lentamente.

Inquietos y expectantes, obedecieron. Esperó a que todos estuvieran en el suelo.

—Eso es. ¡Muy bien!

—¡Ay! —gritó Pablo. Los demás fueron contagiados por el susto. Su madre se había acercado por detrás para hacerle cosquillas en la espalda.

La risotada general se convirtió en un rumor nervioso.

—Tira de la sábana, cariño —instó Vicky—. A ver qué hay debajo...

—¿Yo?

—¡Claro que sí! Venga.

El niño se levantó y caminó cauteloso, pero con una inquieta sonrisa que descubría sus irregulares incisivos. Se detuvo a unos pasos de distancia, la suficiente para poder tocar la sábana estirando el brazo. La tomó en un pellizco de sus dedos y tiró lentamente hasta aferrarla con toda la mano y arrancarla de un solo golpe.

—¡Hooooooooola, amigos! —el payaso se irguió, formando con «y» con los brazos.

Un grito agudo surgió de entre los niños y Paloma corrió buscando el cobijo de sus padres, con un incipiente llanto.

—¿Le dan miedo? —preguntó Laura al tiempo que Yolanda tomaba a su hija.

—Que nosotros sepamos, no —contestó sorprendida—. Te has dado un susto, ¿verdad?

—Bueno... Ya iba teniendo edad para su primer trauma —rio Andrés, valiéndose de un divertido azote de su mujer.

Sin embargo, el público había permanecido ajeno al incidente. Incluso los adultos parecían interesados. El payaso se desperezó con histrionismo y reparó en el niño que aún sujetaba la sábana y cuya sonrisa se había ensanchado de ilusión.

—¡Gracias por despertarme, Pablo! Llevaba durmiendo taaaaanto tiempo...

—¡Sabe su nombre! —se asombró uno de los chicos llevándose las manos a la boca.

—¡Pues claro! ¿Cómo podría olvidar el nombre de mis viejos amigos? —su voz habría encajado a la perfección con un dibujo animado. Laura se preguntó si tal vez trabajara en el doblaje—. Puesto que algunos no me conocéis, os diré que podéis llamarme Salusto. No «Salisto»; ni «Calipso»; ni, por supuesto, «Colapso» —los niños soltaron una risotada al ver su mueca—. Y, para que nadie se olvide, ¡aquí va una canción! Permíteme, Pablo.

Reclamó la sábana con un gesto y le invitó a sentarse. Sacó de entre los pliegues de su chaqueta una estrafalaria y colorida flauta travesera. La alegre fanfarria que tocó fue seguida por toda una orquesta. Laura buscó con la mirada y el oído para descubrir un altavoz situado a

espaldas del payaso.

Salusto acompañó su canción con una extenuante danza en la que no faltaron saltos ni piruetas. Animó a los niños a corear el estribillo y dio unos sencillos pasos con Pablo. Cuando terminó, recibió el aplauso de todos los invitados.

—¿Has visto como es un payaso bueno? —le decía Yolanda a su hija—. ¿Quieres que nos acerquemos? ¡Te vas a reír mucho!

Paloma no estaba tan segura. Negaba con la cabeza, más tranquila, pero manteniendo sus reservas acerca de Salusto.

Los adultos recuperaron posiciones en torno a la mesa alta cuando dio comienzo una ronda de chistes que aludían directamente a los niños por sus nombres.

—¡Menudo artista, el tío! —comentó Enrique—. ¿Dónde lo habéis encontrado?

—Ha sido cosa de mi hermana.

—Pues ahora le preguntaré. Todavía falta hasta el cumple de mi hijo... Aunque no descarto llamarlo para el mío, que va a ser antes.

—A lo mejor hace monólogos —Sergio se había acercado a ellos—. Que la canción está bien chula, sí; ahora, que se la dedique a uno que ha cumplido siete años varias veces...

—¡Pero no me digas que no sería un puntazo!

—Yo, si me invitas, voy.

—Sean monólogos o payasadas, ¿eh? ¡No vale echarse atrás!

Laura percibió algo por el rabillo del ojo. Magdalena le hacía señas, llamándola a su lado. Acudió de mala gana, imaginando por qué lo hacía.

—Éste es el vecino, ¿no?

No se había equivocado.

—Eso creo.

—Sí, me lo ha dicho antes, al presentarse. Va detrás de tu

hermana.

—Ah, que te lo ha dicho.

—¡No, mujer! Eso se ve. Y tú también lo has visto.

—Soy algo miope.

—Él sabe por qué fue el divorcio. ¿A que sí?

—Lo acabo de conocer, Magdalena.

—Pero tu hermana te ha hablado de él.

—Me habla de tantas cosas...

—Y, con un divorcio así, es lógico que el hombre se haga ilusiones.

Laura la miró directamente, tratando de encontrar los ojos que interrogaban detrás de aquellas pantallas oscuras. Era evidente que Magdalena fingía estar al tanto de todo para que Laura hablase sin miedo a revelar detalles.

Pero no sabía nada. Nada acerca de la infidelidad de Alberto, nada sobre el tiempo que llevaban separados, nada en cuanto a la fecha en la que se formalizó el divorcio. Y se iría de ahí sin saber nada.

—Magdalena, me vas a tener que perdonar, pero creo que cualquier cosa que quieras saber sobre mi hermana tendrás que preguntársela a ella.

—Pues tú también me vas a perdonar, Lucía. Lucía, me has dicho que te llamabas, ¿no?

—Sí.

—Pues, como digo, me vas a tener que perdonar, porque no me ha gustado nada el tonito que acabas de emplear conmigo.

—En ese caso, diría que eres tú quien me tiene que perdonar a mí. Es decir, yo te he ofendido con mi tono y lo lamento, ya que no era mi intención. Así que te pido perdón de nuevo.

Magdalena dio una profunda calada a su cigarrillo para exhalar a un lado la bocanada de humo.

—Una cosa sí te digo —blandía el cigarrillo aprisionado entre los dedos—. Ya sabes por qué estás sola.

Se puso en pie y fue en busca del refugio que pudieran proporcionarle Yolanda y Andrés. Laura tuvo la impresión de que era mucho más baja de lo que le había parecido a su llegada.

—Estaba deseando sentarme —dijo Enrique, haciéndose con el taburete—. A menos que quieras descansar del combate.

—Tranquilo —le sonrió—. Todo tuyo.

—Coño.

Laura se giró, alertada por el repentino escándalo. La mitad de los niños corría hacia ella y, la otra mitad, hacia Vicky, alejándose del payaso. Algunos le tiraron de la ropa al llegar.

—¡Juan está insultando a Salusto! —se quejó el niño con novia.

—¡Dile algo, Vicky! —pedía Jaime.

—¡Juan es tonto!

—¡Está diciendo palabrotas!

—¡Que se calle! —llegó a rogar Paloma.

—Pero bueno, Juan —alzó la voz Vicky—. ¿Qué está pasando?

—¡Nada de nada, amigos! —Salusto dio unos brincos. Tan solo Pablo y Juan habían permanecido sentados frente a él—. Parece que alguien se ha refrescado de más el gaznate —se encorvó con una mueca, bebiendo de la botella que formaba con el pulgar y el meñique de su mano derecha—. ¡No hay de qué preocuparse! Peeeeeero es posible que, si alguien no controla sus palabras, termine siendo el único que no se lleve... ¡una sorpresa!

Los niños olvidaron automáticamente la injuria y volvieron a formar audiencia ante Salusto, que se disponía a hacer malabares con mazas.

Laura reparó entonces en Sergio, de quien su hermana nunca le había hablado. De repente hilvanó dos posibles explicaciones: por un lado, Sergio podía resultar tan intrascendente en la vida de Vicky como para no ser recordado en una conversación; por otra parte, quizá su hermana hubiera camuflado deliberadamente la existencia de aquel hombre. Y si Sergio hubiera resultado ser el atento vecino con un hombro siempre a

punto para llorar sobre él, Vicky lo habría celebrado, no le cabía duda.

Su hermana no tenía motivo alguno para ocultarle una relación, de modo que esa posibilidad estaba descartada. La explicación resultante brilló con forma de sonrisa en los labios de Laura: ni siquiera Vicky podía explicar lo que sentía por Sergio.

No había entre ellos gestos de contención ni disimulo. Vicky tampoco se mostraba más cariñosa con él que con otros hombres. Y, sin embargo, ahí estaba. El único adulto que no había sido invitado en calidad de padre.

Por lo que concernía a Laura, su hermana podía tomarse todo el tiempo del mundo para hacerla partícipe de lo que surgiera o no entre ellos. Tan solo confiaba en que, cualquiera que fuese la naturaleza de la relación, hiciera felices a ambos.

—Queridos amigos, mucho me temo que todo lo bueno se acaba —oyó decir al payaso una hora más tarde, siendo coreado por gestos de frustración—. Pero, como lo prometido es deuda, no me iré sin antes pedirlos que os pongáis en fila para recibir... ¡mi regalo de despedida!

Los niños se amontonaron a su alrededor para formar finalmente una zigzagueante hilera. Salusto no se retiró hasta que todos los niños tuvieron su figurita de globo; incluso Juan, que había reaccionado a la amenaza de ser el único invitado sin sorpresa.

—Adiós, amigos. ¡Chócala! ¡Muy bien! —decía mientras esquivaba a sus admiradores por el camino al tranquilo interior de la casa.

Sin un espectáculo al que prestar atención ni la necesidad de sentarse a una mesa para llenar sus ya saciados estómagos, los niños se dedicaron a pillarse unos a otros por el jardín. Vicky mantenía un coloquio con Sergio y Andrés cuando Salusto, vestido de calle y desmaquillado, salió al porche.

—Espero que haya gustado la función —dijo con voz suave y la misma sonrisa humilde que mostró al llegar.

Laura reparó en su cara redonda y sus grandes ojos azules, sorprendida por como un sencillo juego de pinturas podía alterar tanto la percepción de un rostro.

—¡Vaya figura que estás hecho, colega! —felicitó Enrique.

—¿Haces fiestas de adultos? —preguntó Sergio—. Porque aquí el

amigo te contrata cada año hasta que te retires.

—Lo estamos viendo —respondió amable y con la mirada baja—. Lo estamos viendo.

—Te acompaño —ofreció Laura.

Salusto asintió, pasando entre los invitados adultos con una rápida despedida. Cruzaron juntos el sendero del jardín.

—¿Te ayudo con eso? —Laura señalaba el altavoz con ruedas del que tiraba el payaso.

—No, muchas gracias —le sonrió—. No pesa mucho.

Laura abrió la puerta de la calle. Un todoterreno negro aparcaba.

—Pues nada, Salusto... Muchas gracias por tu tremenda actuación.

—Gracias a vosotras —sonrió nuevamente—. Ha sido un placer.

Mientras se alejaba hacia su coche y cargaba el material, otro hombre saludó a Laura.

—Muy buenas. ¿Es aquí el cumple?

—Por poco te lo pierdes. Tú debes ser el repetidor de la clase.

El tipo rio.

—Bueno, unos cuantos añitos... —pero no encontró las palabras para completar su divertida respuesta—. ¿Vicky?

—Casi. Laura, su hermana. Adelante —le cedió el paso—. ¿A cuántos te quieres llevar?

—Con el mío tengo suficiente. Es Guillermo.

—Vamos a por él.

Tan pronto como el padre pisó el jardín fue reconocido por un niño.

—¡Guille! ¡Vienen a por ti!

—¡Jooo!

Guille tomó su mochila del montón donde todos las habían arrinconado y se despidió de Pablo.

—Nos vemos, Guille —le dijo Laura—. Espero que te hayas divertido.

—¡Sí!

—Gracias —el padre le dedicó una sonrisa antes de marcharse—. Y que acabéis bien.

—Feliz finde.

Sorteó a niños y adultos por el jardín y el porche para hacerse con dos latas de cerveza vacías y entrar a la cocina para tirarlas al cubo de la basura.

Y entonces la vio, escondida detrás de la puerta. Regresó al porche, puso su mano sobre el hombro de Vicky y susurró:

—Guille se ha quedado sin piñata.

Un rictus de sorpresa incómoda surcó la cara de su hermana, que tomó a Enrique por el brazo de forma instintiva.

—Ven, que tú eres el más alto.

—Yo, donde me digáis.

Se adentraron en la casa para salir un instante después. Con una mano, Enrique sujetaba la piñata por encima de su cabeza mientras con la otra asía los extremos de las cintas, previniendo cualquier tirón impaciente.

—¡Una piñata!

La estampida infantil se convirtió en un asedio cuando llegaron hasta ellos.

—Separaos un poco —pidió Laura—. ¡No vale hacer trampas!

Los niños retrocedieron con impaciente resignación. Enrique subió y bajó la piñata varias veces, como si calculase la altura perfecta a la que debía estar.

—Cógela un segundo —pidió a Laura.

En cuanto ella hubo aferrado las asas, Enrique se agachó, la tomó por las piernas y volvió a erguirse, aupando a Laura un metro sobre el suelo. Pablo se llevó las manos a la boca.

—¡Hala!

Desprevenida, Laura reía al tiempo que trataba de sujetar la piñata y mantener el equilibrio.

—¡A ver si pensabais que os lo íbamos a poner fácil! —dijo Enrique—. ¿Todo bien ahí arriba?

—Todo perfecto —a Laura le costaba parar de reír.

—Pues venga, una cuerda cada uno.

Laura no tuvo más remedio que apoyar su mano libre en la cabeza de Enrique mientras alargaba hacia delante el brazo con el que sujetaba la piñata. Los niños tomaron posición bajo ella.

—¿Tenéis todos una cuerda? —preguntó Enrique

—¡Sí! —gritaron al unísono.

—Muy bien. Pues a la de tres. Una... Dooooos... ¡Tres!

Con el ruido de los envoltorios de plástico chocando en cascada contra el césped, Laura notó cómo se aliviaba la carga de su brazo. Los niños se lanzaron a la caza del botín y Enrique bajó a Laura con cautela.

—Lo siento —se disculpó ella mostrando su mano izquierda—. Creo que te he provocado una conmoción cerebral.

—Tranquila. Peor no me ibas a dejar.

Poco después era Vicky quien recibía a otra madre en busca de un invitado. No fue necesario preguntar por el niño en cuestión.

—¡Juan! ¿Qué estás haciendo?

El mentado forcejeaba para hacerse con un palote.

—¡Es que no me quiere dar chuches!

—¡Porque son más! —se quejó Arturo.

Robusta como su hijo, cargó al lechón en su hombro poniendo fin a la disputa.

—¿Y tu mochila?

—¡No me quiero ir!

Laura caminó hacia la montonera de mochilas, esperando que la madre de Juan señalara la suya, pero Pablo ya estaba ahí, ofreciéndosela.

—Muy bien, camarada.

Su sobrino le dedicó un saludo militar que ella devolvió antes de entregar a la madre de Juan su segunda carga.

—Gracias, guapa. Venga, Juan, di adiós a tus amigos. Nos vemos, Vicky.

—Hasta otra, Tere.

—¡Nooooooooo!

Laura sintió que respiraba otro ambiente más relajado una vez que Juan hubo desaparecido. Los niños parecían menos inquietos, aunque también, pensó, podía ser efecto del cansancio.

—Yo también levanto el campamento —anunció Enrique—. Además, me toca hacer de coche-escoba. ¡Luis! ¡Dile a Samuel que nos vamos!

—Me parece que todos vamos a hacer bomba de humo —Yolanda miraba a su marido.

—Sí, va siendo hora -dijo consultando el reloj.

—Voy a traérosla.

Laura se acuclilló detrás de Paloma, que chupaba una piruleta contemplando el duelo de calienta-manos que disputaban Pablo y su amigo Jaime.

—¿Te lo has pasado bien, cariño?

Paloma se sacó la piruleta de la boca y asintió con una sonrisa.

—No sabes cuanto me alegro. Ven. Nos vamos con los papás.

La niña tomó su mano y caminó junto a ella hasta donde las esperaban sus padres. Andrés la tomó en brazos.

—¿Le has dicho adiós a Laura?

Paloma negó con la cabeza. Se inclinó para besar la mejilla de su nueva amiga.

—Adiós, cielo —respondió Laura con una caricia—. Lo siguiente será verte en mi cumple y que te lo pases igual de bien, io mejor!

—¡Anda! ¡Mira lo que te dice, Paloma!

La niña sonrió y volvió a chupar su piruleta.

Yolanda y Andrés se despidieron de Vicky. A su salida la siguió la entrada de otro padre. Por sus facciones, Laura podía aventurar qué niño compartía sus genes.

—Pasa. ¿Cómo se llama tu hijo?

—Miguel. ¡Ah, míralo!

Y Laura había acertado. El pequeño ya lleva su mochila y alzaba un brazo en una despedida general.

—Espero que no hayas merendado tanto como para no poder ayudarme ahora con las acelgas de tu madre... ¡Oye! ¿Cómo es que tienes tantas chuches?

—La piñata.

—Se ve que ha sido de los más rápidos. Adiós, Miguel. ¡Suerte con las acelgas!

Laura contó tres niños restantes, si bien el mejor amigo de Pablo se quedaría a dormir. Sergio no parecía estar pensando en regresar a casa, ni Laura tenía prisa por que lo hiciera. Lio un cigarrillo preguntándose cuánto tardarían en llegar esos padres para que su hermana pudiera disfrutar de la compañía del vecino.

—Bueno... Pues parece que me he quedado la última —resolvió Magdalena—. Chema, tesoro, di a Arturo y Naiara que se preparen.

Laura se sorprendió ante la capacidad que tenía aquella mujer

para, precisamente, seguir sorprendiéndola.

—Gracias por quedarte, Magdalena. Y por traer y llevar a éstos.

—Ya sabes que yo lo hago encantada, tesoro. ¿Estás ya, cariño? ¿Vosotros también? Venga, pues decidle adiós a Vicky y a su amigo.

—¡Adiós, Vicky!

—¡Adiós, amigo!

—Adiós, chicos. ¡Que descanséis!

Laura acompañó a la corte hasta la salida.

—Te lo digo de todo corazón, Lucía...

—Mamá, se llama Laura.

—Cállate, Chema, cariño. Te lo digo de corazón —repitió—. Ojalá vuelva a verte y estés acompañada por alguien que te quiera.

—Y yo os digo de corazón a todos —dijo Laura mientras se arrodillaba y abría los brazos— que la fiesta ha sido genial gracias a invitados como vosotros.

Los tres niños la abrazaron al tiempo que Magdalena se dirigía al coche. Laura encendió su cigarrillo antes de llegar junto a Vicky.

—Mamá, ¿podemos Jaime y yo jugar con la Switch?

—Hoy podéis hacer lo que queráis.

Pablo y su amigo desaparecieron en el interior de la casa.

—Vamos a recoger esto un poco —dijo Laura.

Despojó al mantel de las pinzas que lo sujetaban a la mesa y dobló sus pliegues hacia el centro, preparado para entrar en la bolsa de basura que traía Vicky. Sergio añadió los restos de la mesa adulta. En unos instantes, el porche volvió a estar reluciente y despejado, excepto por los adornos de globos y guirnaldas.

—Ya los quitaré mañana —se permitió Vicky.

—Me despido de Pablo y me voy yo también, que mañana me

levanto temprano.

Tras excusarse, Laura entró al comedor y cubrió de cosquillas a su sobrino.

—Adiós, compadre. Divertíos con la Switch y sed buenos.

—Adiós, tita —dijo Pablo dándole un beso cuando terminó de reír—. Te quiero mucho.

—Y yo a ti. Adiós, Jaime —le frotó la cabeza—. Que no me entere de que no os pasáis el juego esta misma noche.

Se abrochó la riñonera y dio dos besos a Sergio.

—Un placer. Ya nos veremos por aquí.

—Eso espero.

—Gracias por todo, Lau.

—Buenas noches.

Cruzó la puerta del jardín por última vez y subió a su coche.

No esperaba el parte de Vicky para la mañana siguiente. Ni para la próxima vez que se vieran. Ya hablarían cuando fuera oportuno. Lo importante para Laura era que su hermana fuera feliz.

Capítulo 2

El cumple de Pablo

1. EN EL COLE

Miguel volvió a mirar su reloj. El bueno de Spider-man le decía que aún faltaban dos minutos para que sonara la campana. En cuanto lo hiciera, la señora Carmen les daría permiso para recoger y salir de la clase.

Unos cuantos asientos a su derecha, Pablo ya había empezado a guardar con disimulo su libro de Lengua y su estuche. A su lado, Jaime comenzó a hacer lo mismo.

Otra mirada al reloj. ¡Solo faltaba un minuto! Un minuto y se acabaría el día de clase. Un minuto y se acabaría la semana de cole. Pero lo mejor era que... ¡Un minuto y serían libres para ir a la fiesta de Pablo!

Se podría decir que Miguel había pasado las últimas horas deseando que llegara el momento de ir a la celebración (ni siquiera sus partidas de ajedrez en el recreo habían conseguido distraerlo), pero sería más correcto decir que lo ansiaba desde que empezó la semana. Aunque, para ser más precisos, Miguel soñaba con la fiesta desde el mismo momento en que Pablo le entregó la invitación.

Ya había estado en unos cuantos cumpleaños, pero era la primera vez que Pablo celebraba el suyo y se moría de ganas por saber cómo sería. ¿Habría tarta? ¿Se reunirían en el jardín o en el sótano, donde Pablo jugaba con la Switch?

Pero lo más importante para Miguel, su momento favorito de cualquier cumpleaños era, sin lugar a dudas, la piñata. Nada podía compararse a esa expectación que uno siente antes de romper la base de la piñata. O sí; tal vez era tan emocionante como ver caer las chuches desde la piñata rota. Aunque también se puede comparar con esa sensación de prisa que le da a uno cuando ha de correr para hacerse con la mayor cantidad de caramelos. Y también es verdad que es muy interesante cuando llega el turno de contar para ver quién es el afortunado poseedor del botín más grande. A fin de cuentas, lo que está claro es que el «momento-piñata» es una pasada. Para incertidumbre de Miguel, ni siquiera Pablo sabía si en su propio cumple habría piñata, y eso que Miguel le preguntaba cada día.

Un ruido sorprendió a Miguel mientras fantaseaba. ¡La campana!

¡Ya había terminado la clase! ¡Y el día! ¡Ya podían ir al cumple de Pablo!

Guardó rápidamente sus cosas en la mochila, se echó ésta al hombro y corrió para salir del aula junto con Pablo, Guille y Jaime. Enseguida llegaron a la puerta del cole, donde los esperaba la mamá de Pablo para llevarlos a la fiesta. Su coche era azul, grande y muy bonito. Pablo se sentó delante; Miguel, junto a la ventana izquierda; Guille, junto a la derecha y Jaime, en el centro. Cuando todos tuvieron abrochados los cinturones de seguridad, se pusieron en marcha.

La mamá de Pablo les preguntó qué tal habían pasado el día. Jaime habló de los muchos deberes que tendrían ese fin de semana, especialmente de Matemáticas. Guille dijo orgulloso que les habían explicado los puntos cardinales aunque él ya los conocía. Y Miguel, con la mente aún sobrevolando la posibilidad de ver una piñata esa tarde, recordó los numerosos tirones de orejas con los que sus compañeros felicitaron a Pablo. Aquello hizo mucha gracia a Guille, en especial porque Juan, uno de los niños más brutos de la clase, había encontrado tan divertida esa costumbre que se pasó el resto del día felicitando a todos sus compañeros, sin importar lo mucho que faltaba para los distintos cumpleaños. Todos rieron con la historia, incluso la mamá de Pablo; así que, entre carcajadas, llegaron a su destino y bajaron del coche.

2. REGALOS Y MÁS REGALOS

Para sorpresa de Miguel, otro coche había aparcado detrás de ellos. De éste brotaron, como si fueran pulgas saltando de un perro mojado, Chema, Arturo, Naiara (que era la novia de Arturo) y Juan. Y, como ninguno tenía edad para conducir, quien venía con ellos era la mamá de Chema.

Aunque no hacía ni diez minutos que habían estado juntos en clase, volvieron a saludarse como si de un nuevo día se tratara. Aunque, a decir verdad, se podría decir que era un nuevo día. O, al menos, una nueva parte del día. De hecho, era una nueva parte del año, pues tan solo una vez cada trescientos sesenta y cinco días (o trescientos sesenta y seis) podría existir un día en el que celebrasen el cumple de Pablo.

En cualquier caso, y siendo como deba de ser, la mamá de Pablo abrió la puerta y los chicos entraron al jardín. Miguel se quedó algo embobado cuando vio lo que vio. La mesa donde se sentarían a merendar estaba repleta de patatas fritas, rodeada de globos de muchísimos colores y coronada por un letrero que decía «Felicidades Pablo». En una ocasión, Miguel fue invitado junto con sus padres a la boda de su primo segundo

Mariano y la decoración no era, ni de lejos, tan bonita.

Entonces vio cómo Pablo corría hacia una chica que estaba en el porche. Dedujo que se trataba de su tía (principalmente porque Pablo la llamó «tita»). Y Pablo volvió con ellos mostrando el regalo que acababa de recibir: un videojuego para la Switch que los entusiasmó.

Todos los presentes, a excepción de Chema, ya habían dado sus regalos a Pablo a lo largo del día. Miguel le obsequió con un libro de iniciación al ajedrez repleto de dibujos muy divertidos; Jaime, una camiseta con el símbolo de *Los Vengadores*; Guille, un balón de rugby (lo cual sorprendió mucho a Miguel, pues no sabía que su amigo fuese aficionado a ese deporte); Arturo, un libro de aventuras; Naiara, una taza de *Harry Potter*; y Juan, un frasco de colonia con un dibujo de *Super Mario*.

La tía de Pablo les avisó de que ya podían sentarse a la mesa, cosa que hicieron rápidamente, pues todos tenían muchas ganas de empezar con la fiesta. Le guardó el sitio presidencial a Pablo, a cuya izquierda se sentaron Jaime, Miguel y Juan. Al otro lado, Arturo, Naiara, Chema y Guille. La tía de Pablo, llamada Laura, se presentó y sirvió a cada uno el refresco que más le apeteciera.

Mientras Juan se atiborraba a patatas fritas, los demás comentaron lo que había dado de sí el día de cole, excluyendo, por supuesto, todo cuanto tuviera que ver con los deberes.

Alguien más llegó a la casa. Era una niña a la que Miguel no conocía ni había visto en el colegio. Parecía algo más pequeña que los demás invitados y venía acompañada por sus papás, que la sentaron junto a Guille y entregaron a Pablo su regalo.

Aunque es cierto que no se debe despreciar ningún presente, y con más razón cuando la intención es buena, tampoco se puede negar que aquellos papás estuvieron poco acertados al regalar a Pablo un chisme para colocar bolis, lápices, clips y demás cosas aburridas que tanto parecen gustar a los adultos.

La tía de Pablo volvió para presentar a la recién llegada, que se llamaba Paloma, y también para recordar a todos los chicos que debían ser unos gentiles caballeros, tanto con Paloma como con Naiara.

Quizá fuera por hacerse con la atención que se había repartido entre el cacharro para lápices y la niña nueva, o quizá porque a Juan le gustase tanto el protagonismo en cualquier parte y a cualquier hora; el caso es que tuvo a bien hacer un experimento con el que provocar el asco de sus amigos, o bien para resaltar su valor en lo que a probar venenos se

refiere: mezcló Fanta y Coca-Cola en su vaso.

Como se podía esperar (pero no porque la mezcla resultara repulsiva, pues ese mejunje ya lo había probado Miguel en más de una ocasión, sino por las bufonadas propias de su compañero), Juan empezó a hacer las muecas propias de alguien que se está comiendo algo muy desagradable, como un bombón de licor o las lentejas del colegio.

Fiel a sus costumbres, Chema consideró que aquel delito había de ser conocido por las autoridades, de modo que corrió a contárselo a su mamá. Sin embargo, lejos de regresar con una reprimenda para Juan, lo que Chema llevó a la mesa fue su regalo para Pablo.

Todos los invitados esperaron con emoción a que Pablo lo desarrollara y, cuando lo hizo, estallaron de alegría al ver otro juego para la Switch. La cara de Pablo no reflejaba la misma emoción. Y era lógico, pues, como les explicó, ya tenía ese juego. Pero eso no era malo, ya que la mamá de Chema le dijo que podría cambiarlo en la tienda por cualquier otra cosa que quisiera.

Se sumó a la fiesta otro niño a quien Miguel no había visto nunca. Se llamaba Samuel y, aunque no conocía a nadie excepto a Pablo y a Luis (porque eran compañeros en el anterior cole donde estuvo su amigo), se mostró muy simpático con todos y trajo como regalo un balón de fútbol.

Juan, quien parecía empeñado en acaparar la atención, dijo que él era mejor jugador de fútbol que Pablo y que cualquiera de los que estaban en ese cumpleaños. Muchos defendieron a su anfitrión, en parte por creer que Juan estaba equivocado y en parte por llevarle la contraria, pues era bastante pesado. Los únicos que no abrieron la boca fueron el recién llegado Samuel y la silenciosa Paloma, quien, por cierto, empezaba a mirar a Juan con unos ojos un tanto acusadores.

¡Y llegó la merienda! La mamá y la tía de Pablo llevaron a la mesa enormes fuentes repletas de bocadillos y sándwiches. Todos comieron con avidez, especialmente Juan, que atrapaba sus presas de dos en dos.

Todo resultaba delicioso. Había bocadillos de jamón y queso, salchichón, chorizo, mortadela con aceitunas... Y en cuanto a los sabrosos sándwiches, Miguel encontró de paté de atún, queso para untar ie incluso crema de chocolate!

Había tanta comida que aún quedaba bastante cuando llegó Luis, acompañado de su papá. Juan, creyéndose muy gracioso, quiso arrojarle unas patatas como para indicarle el camino hacia la mesa, a pesar de que era imposible perderse en el intento. Sin embargo, la tía de Pablo fue más rápida y frenó a Juan antes de que terminara de comportarse como un

tonto.

El regalo de Luis causó furor en la mesa: se trataba de un gigantesco muñeco de Hulk. Pero no fue el último, ya que poco después llegó un hombre al que Pablo saludó con mucho cariño y que resultaba ser su vecino. El regalo que le hizo era un muñeco de Iron-man, lo que seguía aumentando su colección de *Los Vengadores* y el aplauso de los invitados.

Y, cuando parecía que el estómago de Miguel se había llenado por completo, la mamá de Pablo apareció con una succulenta tarta de chocolate. Todos cantaron «Cumpleaños feliz» y Pablo apagó las velas de un solo soplo.

Miguel se olvidó por completo de cuanto había comido al ver la porción de tarta que le entregaban. ¡Estaba deliciosa! Tenía bizcocho de chocolate, mousse de chocolate y una capa de chocolate crujiente. Casi se podría decir que quedó hipnotizado, pues era una tarta tan exquisita que, al comerla, uno se olvidaba de todo cuanto hubiera a su alrededor.

Se sintió más que satisfecho cuando terminó su ración. Juan, sin embargo, no solo se había comido dos trozos, sino que trataba de robar del plato de Samuel. Y lo hacía con tanta torpeza que volcó su propio vaso, derramando por la mesa su brebaje.

Pero ese incidente fue rápidamente eclipsado por lo que ocurrió justo después. Y no, no se trataba de la piñata... Aún.

3. SALUSTO

Mientras unos repelaban sus platos y otros hablaban de cómo pasarían el fin de semana, el papá de Paloma llegó con su teléfono móvil, dispuesto a hacerles unas divertidas fotos. Miguel esquivó los dedos que, a modo de cuernos, le ponía Juan por detrás de la cabeza, pero el pobre Samuel no tuvo tanta suerte.

Y entonces, para sorpresa de todos, Jaime se puso de pie y señaló algo en el jardín. Ese «algo» era pequeño, blanco y parecía hecho de tela. Por su forma, Miguel pensó que podía tratarse de un fantasma. Pero los fantasmas aparecen de noche y no a plena luz del sol. Además, viven en casas encantadas, no en jardines donde se celebran cumpleaños.

Juan fue el primero en salir corriendo para resolver el misterio. Todos los niños le siguieron. Desde luego, ninguno estaba asustado ante la posibilidad de que aquello fuese un fantasma. Y, si lo estaba, sin duda

disimulaba muy bien.

Pero, justo antes de llegar a donde estaba ese «algo» misterioso, la tía de Pablo les detuvo, pues ella tampoco sabía de qué se trataba y advirtió que lo mejor sería sentarse con cuidado y ver qué pasaba.

Todos obedecieron y se sentaron, a la espera. Y, de repente... ¡alguien gritó! ¡Era Pablo! ¿Le había atacado otro fantasma que estuviera escondido?

Por suerte, no era así. Tan solo se trataba de su mamá, asustándole por la espalda. Aunque Miguel rio con todos los demás, lo cierto es que él también se había llevado un buen susto.

Ella encomendó a Pablo una misión: debía retirar la sábana y descubrir lo que se hallaba debajo. Miguel vio a su amigo acercarse, un poco asustado, otro poco intrigado. Cuando llegó a ese «algo» extraño, no se lo pensó dos veces para dar un fuerte tirón.

Y, entonces, donde había estado la sábana, apareció un payaso. Pero no era un payaso pequeño como podía haber hecho pensar el tamaño de ese «algo» con sábana, en absoluto. Era un payaso alto, con un elegante traje a rayas, enormes zapatos, nariz verde y una melena que parecía hecha de ramas de árbol.

A Miguel le gustaban mucho los payasos. De hecho, le encantaban. En una ocasión fue con sus padres y sus hermanos al circo. ¡Nunca se había reído tanto! Vio malabaristas, equilibristas, forzudos... Pero nada le hizo disfrutar tanto como los payasos. Y, por eso, es fácil entender que Miguel sintiera una repentina ilusión cuando vio que ese «algo» escondido bajo la sábana era nada más y nada menos que un divertido payaso que en ese momento se desperezaba mientras agradecía a Pablo que le hubiera despertado.

Se presentó ante los invitados. Su peculiar nombre era Salusto. Miguel nunca había oído un nombre así, lo que le provocó una carcajada.

¿Y qué hacen los payasos con nombres extraños para que la gente no se olvide de sus extraños nombres? Por supuesto: cantar una canción.

Tras rebuscar en su chaqueta, Salusto mostró una enorme flauta con todos los colores del arco iris y la hizo sonar. Pero su flauta debía ser mágica, pues muchos instrumentos invisibles la acompañaron en sus acordes. La canción, a cuyo ritmo bailaba Salusto mientras la entonaba, decía así:

*Yo soy Salusto,
el payaso locuaz.
Un gran agosto,
pilluelo y mordaz.*

*Para que mi nombre
puedas aprender,
ahí va una rima,
solo has de atender.*

¡Salusto!

¡Qué susto!

¡Salusto!

¡Tras ese arbusto!

¡Salusto!

¡No te lleves un disgusto!

*Hago piruetas
como un bailarín
y volteretas
cual buen saltarín.*

*Para que tú a mí
no me olvides jamás
canta esta rima
y me recordarás.*

¡Salusto!

¡Qué susto!

¡Salusto!

¡Tras ese arbusto!

¡Salusto!

¡No te lleves un disgusto!

*Ahora que sabes
muy bien quien yo soy,
al fin podemos
divertirnos hoy.*

*Por eso recuerda,
solo una vez más,
quien es el que canta.*

¡Sí! ¡Vamos allá!

¡Salusto!

¡Qué susto!

¡Salusto!

¡Tras ese arbusto!

¡Salusto!

¡No te lleves un disgusto!

Lo más divertido de la canción fue que, durante el estribillo, Salusto animó a todos a participar con muecas y gestos. Por ejemplo, cuando decía «¡Qué susto!», los chicos debían alzar las manos como si verdaderamente estuvieran teniendo un sobresalto; al hablar del «arbusto», cada uno podía señalar donde le pareciera que podría esconderse Salusto; y, para dejar claro que había que evitar cualquier disgusto, ellos imitaron el gesto de Salusto, que levantaba el dedo índice, como dando una lección.

Algo que sorprendió a Miguel fue descubrir lo bien que bailaba su amigo Pablo. Durante la canción, Salusto le pidió que lo acompañara y, juntos, dieron varios botes, brincos y cabriolas.

Todos aplaudieron cuando desapareció la música. ¡Incluso los papás estaban entusiasmados! Salusto hizo una reverencia y guardó su flauta mágica. Entonces ocurrió algo que dejó a todos boquiabiertos: Salusto se inclinó frente a Chema y le dijo «Hola, Chema».

¡Nadie esperaba que aquel payaso conociera a los invitados! A Pablo sí, claro, pues si había acudido a su fiesta debía ser amigo suyo. ¡Pero nadie podía pensar que también conociera a Chema! Y demostró que esto era así, pues formuló la siguiente pregunta:

«¿Preparado para otro sobresaliente?».

¿Cómo alguien que no iba con ellos al cole (y, desde luego, si él asistiera a sus mismas clases, llamaría mucho la atención) podía saber que Chema era el niño más estudioso de todos?

Pero no acabó ahí la cosa, pues tan pronto como Chema respondió que estaba más que preparado, preparadísimo, Salusto se dirigió a Naiara.

«Veo aquí una pareja que pronto se va a casar. ¿Puedo ser tu

“damo” de honor, Naiara?».

Arturo y ella rieron sonrojados. Entonces Salusto miró a... ¡Miguel! Y lo hizo adoptando una expresión meditabunda.

«Torre a H4, Miguel».

¡Estaban jugando al ajedrez! Miguel imaginó un tablero entre los dos; y él llevaba las de ganar.

«Caballo a H4», respondió.

«¡Jaque mate! ¡Enhorabuena, maestro!», y se dieron la mano con deportividad.

Continuó hablando con el resto de invitados hasta llegar a Juan.

«¡Vaya, vaya! Creo que tenemos aquí al mejor futbolista del cole. ¿Cuántos goles has marcado hoy, Juan?».

«Más que tú en toda tu vida, pringao».

A Miguel no le hizo gracia aquella respuesta. Y no porque no pudiera resultar divertida sino porque Juan no tenía motivo alguno para hablar de esa manera a Salusto, que solo trataba de ser simpático. Sin embargo, a Salusto no pareció molestarle.

«Estoy seguro de eso. Yo soy taaaan torpe...». Y tanto era así que, en cuanto lo dijo, resbaló y cayó sobre el césped, provocando las risas del público.

Cuando Salusto hubo hablado con todos, volvió a llamar a Pablo; esta vez, para hacer magia. Primero hizo desaparecer un pañuelo entre sus manos; cuando todos pensaban que no volverían a verlo, Salusto lo hizo regresar de la nada. Después usó unos aros plateados que, aunque parecían duros como el acero, consiguió encadenarlos entre sí. Pero el truco que más sorprendió a Miguel fue aquel con el que teletransportó monedas de una mano a otra icon las dos manos cerradas!

«Seguro que las has robado, chorizo de m...», dijo Juan, muy grosero, utilizando una palabra que no es necesario mencionar.

Aquello fue el colmo. Si Juan no se divertía con Salusto, podía levantarse e irse, pero no tenía por qué molestar a sus amigos y, mucho menos, tomarla con Salusto. A Miguel no le gustaba la idea de parecer un chivato como Chema, pero se sintió muy tentado de decirle a la mamá y a la tía de Pablo lo mal que se estaba portando Juan. Sin embargo, no fue el único. Cuando se vino a dar cuenta, Jaime, Samuel y Guillermo ya se

habían levantado y corrían para denunciar los hechos. Y, como no quería que sus amigos parecieran unos chivatos por culpa de Juan, él se sumó a la protesta. Pero lo mejor fue que Arturo, Naiara, Luis y Paloma también lo hicieron.

Por su parte, Salusto, que era un payaso de lo más tranquilo y muy difícil de enojar, aseguró que no había motivo para el escándalo. Eso sí: anunció que pronto daría una sorpresa a los invitados y ¡ay de aquel que no se portase bien! (No le pasaría nada a ese niño, pero no tendría sorpresa)

Aunque Miguel nunca pensó que Juan fuese especialmente listo, pareció entender la advertencia. De hecho, no solo dejó de meterse con Salusto sino que incluso rio y aplaudió más que el resto cuando el payaso hizo unos trepidantes malabares.

Sin embargo, Chema no dejó de ser un chivato y fue raudo como el viento a decir a su madre que Juan se estaba riendo muy alto. Para Miguel eso no era nada justo, pues Juan no estaba molestando a nadie en esa ocasión. Parecía que Chema se hubiera quedado con ganas de recibir el premio al mejor policía de las fiestas, aunque sus acusaciones no fueran apropiadas.

Tras los malabares llegaron los juegos. Salusto, que era muy hábil para la música y los bailes, organizó un corro con todos los niños y, marcando el ritmo de la canción que él entonaba, ellos debían mover las piernas y los brazos hacia dentro y hacia fuera del círculo. No resultaba una tarea fácil, pero eso fue, precisamente, lo más divertido, pues no era un juego para ganar o perder, sino para pasarlo bien.

Llegó un momento en el que Miguel, aunque muy contento, empezó a sentirse agotado. Y fue una suerte que Salusto decidiera entonces poner fin a sus bailes. Lástima que aquello significara que pronto se marcharía

Pero la suya no fue una marcha triste, ¡desde luego que no! Lo último que hizo antes de abandonar la fiesta fue regalar a todos y cada uno de los niños una figura hecha con globos. Moldeó una flor para Paloma, un sombrero para Guillermo, un corazón para Naiara, una espada para Juan... ¡Incluso una serpiente para Miguel!

Y, finalmente, cuando todos los niños tuvieron un recuerdo del payaso en sus manos, Salusto desapareció.

4. LLUVIA DE CHUCHES

La sonrisa en los labios de Miguel no se había borrado cuando empezaron una partida de pilla-pilla.

Como no podía ser de otra manera, Chema avisó que diría a su mamá que Juan había hecho trampa al pillarle tocándole con la espada de globo, cuando las reglas del juego dejan claro que hay que tocar o agarrar con las propias manos. Juan, por su parte, amenazó con darle otros motivos para chivarse, pero Guille, Arturo y Samuel intervinieron para el juego siguiera siendo motivo de diversión y no de enfado.

Poco después llegó el papá de Guille para recogerlo. El chico se despidió de sus amigos hasta la semana siguiente, tomó su mochila y se marchó, dejando un jugador menos en la partida.

Y, entonces, sucedió. Como si contara con un radar interno, la cabeza de Miguel se giró hacia el porche. Ahí estaba. Había llegado el momento. El papá de Luis se acercaba a ellos con algo en sus manos. Y ese algo era... ¡la piñata!

Era verde, con la forma de la cara de un dragón. ¡Hasta cuernos tenía! Y parecía repleta de golosinas.

Todos rodearon al papá de Luis, ansiosos por abrir la piñata. Él tomó en brazos a la tía de Pablo y ella sujetó la piñata a una altura que suponía un auténtico reto.

Y llegó el momento de la verdad. Cada uno agarró una cuerda y esperó a la señal. Miguel sabía lo que tenía que hacer. A la de tres, todos tirarían, pero él llevaría a cabo su maniobra secreta.

El papá de Luis contó.

«Una».

Todos apretaron sus puños alrededor de las cuerdas. Todos excepto Miguel.

«Dos».

Brazos preparados, dispuestos a romper el fondo de la piñata. Miguel aflojaba su mano.

«¡Tres!».

Mientras todos tiraron de las cuerdas, Miguel aferró el faldón de su polo de uniforme y formó una improvisada cesta donde recogió buena

parte de los caramelos que caían. Como todos estaban ávidos por atrapar cuantas chuches cayeran en el suelo, ninguno reparó en su jugada maestra. Raudo giró sobre sus talones para llenarse los bolsillos con el botín. Cuando volvió a mirar, no quedaba una sola chuche en el suelo. De hecho, habían desaparecido incluso manojos de césped allá donde Juan se lanzó en busca de caramelos. Y, aunque éste presumía de no importarle ser el que menos dulces había conseguido porque en realidad no le gustaban, cuando su mamá llegó para llevárselo a casa, lo sorprendió intentando quitarle unos cuantos a Arturo.

Miguel palpó sus bolsillos. Tenía muchas chuches. Y estaba dispuesto a comérselas todas. Pero, si bien era libre de compartirlas con quien quisiera, no lo haría con Juan, pues había obtenido lo que se merecía. Sin embargo, guardaría algunas para Guille, ya que tampoco era justo que fuera el único invitado sin caramelos por haber debido marcharse antes de tiempo.

Las posibilidades de seguir jugando fueron desapareciendo. Luis y Samuel se fueron. También Paloma.

Y llegó el turno de Miguel. Tan pronto como vio a su papá en la puerta del jardín, tomó su mochila, se despidió de Pablo, Jaime, Arturo, Naiara y Chema y caminó hacia la salida.

Había sido una tarde espléndida, sin que faltara el más mínimo detalle. Desde los bocadillos hasta la tarta, pasando por Salusto y, como no, la piñata, todo había sido magnífico.

Tal vez resultase duro esperar todo un año hasta el próximo cumple de Pablo, pero Miguel sabía que merecería la pena.

Capítulo 3

A disgusto

Sale del coche y corre hacia el ascensor. A penas le queda tiempo. Pulsa el botón del sexto piso. Las puertas se abren en la planta baja.

—¿Sube? —pregunta el vecino del tercero.

—Adelante —responde Darío haciéndose a un lado.

El ascensor se detiene de nuevo en el tercer piso, donde se apea el vecino. Termina su trayecto y Darío puede bajar en su sexta planta para dirigirse a la puerta B.

Entra en casa. Deja las llaves en la mesa del recibidor.

—Ya estoy aquí —anuncia.

Encuentra Jorge en el salón, sentado en su butaca, leyendo. Darío se acerca y le da un beso. Jorge se lo devuelve en acto reflejo.

—¿Cómo está Isa? —pregunta Jorge.

—Bueno... Ha estado mejor.

—Menos mal que tiene a su psicólogo de guardia.

Darío ignora el comentario. Tiene prisa y no es momento para una discusión. Cruza el pasillo y entra a la pequeña habitación que usan como trastero. Abre el armario, saca de él el macuto y guarda con cuidado el traje.

—Digo que menos mal que estás siempre dispuesto para ella —insiste Jorge, tras seguirle.

—Te he oído.

—¿Y no es verdad?

—Estoy dispuesto para todo el mundo.

—Ya.

Su pulso se acelera. No tiene por qué obedecer a los caprichos de Jorge. No precisamente ahora.

—Jorge, no voy a discutir.

—¿Quién está discutiendo?

No responde. Coloca en el macuto la flauta y el maquillaje.

—¿Quién está discutiendo?

—Nadie.

—Y ¿por qué lo dices entonces?

—Da igual.

—¿Crees que yo tengo ganas de discutir?

—Espero que no.

—Parece que quisieras.

—Pues no, no quiero.

Trata de recordar si la madre le había pedido también magia. Sí. Toma el kit y lo mete en el macuto. Las mazas. La sábana. Los globos y el inflador. Las toallitas desmaquillantes están en uno de los bolsillos laterales.

—Lo que sí me gustaría es que hablásemos —retoma Jorge.

—A mí también, pero no ahora.

—Podría haber sido antes.

—Podría.

—Pero ahora no puedes.

—No.

Los zapatos, el sombrero y la nariz. Todo está en el lavadero. Se echa el macuto al hombro, sin cerrar.

—Has estado tanto tiempo con Isa... Igual deberías haberlo previsto.

—Pues sí, igual sí. Pero no veo el futuro. Y ahora me toca pagar las consecuencias de esa falta de previsión. —Jorge se mantiene en el umbral de la puerta—. ¿Me permites?

Se aparta. Sin parsimonia, pero tampoco con rapidez.

—Entonces tenemos que esperar a que vuelvas.

—Eso me temo —responde, camino al lavadero.

—¿Sabes a qué hora será?

—No creo que antes de las ocho.

—¿Y eso?

—Porque tengo que estar ahí a las seis, con lo que no saldré hasta las siete y media, más o menos —guarda los zapatos en una bolsa que introduce en el macuto, a lo largo; encima, el sombrero. La nariz en el lateral, junto a las toallitas—. Y súmame la vuelta.

—Eso si no te llama Isa a lo largo de la tarde.

Darío detiene el correr de la cremallera en el macuto y se gira.

—Ya, Jorge. Ya. ¿Vale?

—No lo sé —responde lánguido—. ¿Vale?

Darío inspira, cuidándose de no ofrecer ningún gesto dramático.

—¿Podemos dejarlo para más tarde, por favor?

—Eso has dicho. Cuando vuelvas. No antes de las ocho.

—Gracias.

Se arrodilla para retomar el cierre del macuto.

—Lo que no sabemos es si será antes de las nueve, de las diez...

—Hasta aquí, Jorge —da una palmada sobre el macuto, con más furia de la que le gustaría, y se yergue—. Dime. ¿Qué coño pasa?

—¿No te tienes que ir?

—Pues mira, a lo mejor no me voy. No tengo yo la hostia ahora para trabajar —se cruza de brazos—. Dime: ¿por qué te jode tanto que haya ido a ver a Isa?

—Si no quieres ir a trabajar, no vayas; pero no me echés a mí la culpa.

—No la tienes. Decido yo no ir. Ahora, contéstame.

Silencio. Darío abre los brazos, a la espera.

—¿Nada?

—¿Por qué siempre que Isa te reclama tú te das patadas en el culo para atenderla?

—¿Cuántas veces me ha reclamado Isa?

—¿Esta última semana? Bastantes, diría yo.

—Y sabes por qué.

—Sí.

—¿Cómo crees que estaría yo si de golpe me dejaras?

—Pues a lo mejor te sentirías aliviado ahora mismo.

—No me jodas, Jorge.

—Pero ¿por qué recurre solamente a ti?

—¿Y por qué dices que solo recurre a mí?

—Entonces, recurre a más gente y, aun así, tú siempre tienes que ir para quedar bien. ¿Es eso?

—No. Lo que pasa es que no todos tienen la misma disposición.

—Ya veo. ¿Cuántas veces le has dicho que no podías ir?

Esta vez no tiene respuesta. Guarda silencio.

—O sea, «paren el mundo, que Isa ha cortado con séptima pareja en lo que va de año; pero al tonto de Jorge, que le den por culo». ¿Me

equivoco?

«En tu puta vida has tenido amigos que quisieran contar contigo; por eso no tienes ni idea», se muere de ganas por responder.

—Hay momentos en los que tus allegados te necesitan. Y, como les quieres, respondes.

—Y antepones a otros allegados.

—Isa está pasando una crisis.

—Al menos sabes identificar sus crisis.

—O sea, que esto también es una crisis —coloca los brazos en jarras—. ¿Es lo que quieres decir?

—¿No te lo parece?

—Me parece una discusión. Inoportuna y de fundamento más que cuestionable, pero una discusión.

Se miran durante unos segundos, hasta que Jorge da media vuelta.

—Allá tú.

Y marcha hacia el salón.

Darío resopla. Carga con el macuto y lo deja en el recibidor. Vuelve al trastero y se hace con el altavoz. Recorre el pasillo de nuevo.

—Al final sí te vas.

Darío no responde inmediatamente. Coge las llaves de casa y la del coche.

—Sí.

Jorge aparece frente a él.

—Me alegro de que no te haya afectado tanto.

—Me ha afectado. Ya lo creo que me ha afectado. Pero no las razones que das. Lo que me repatea las tripas es que, porque a ti se te haya cruzado el cable, cargues contra mí con una excusa de mierda cuando me preparo para ir a trabajar. Y sí: también estaría muy bien que me dijeras qué es lo que te pasa, en lugar de acorralarme con argumentos

que ni tú te crees, como que vaya a ver a Isa cuando las está pasando putas.

Abre la puerta.

—¿Lo tienes todo?

Y piensa que Jorge ha cometido una maldad. Que haya escondido algo para retrasarle o bien para sabotear su bolo.

Corre la cremallera del macuto y repasa el contenido. No falta nada.

No quiere sentirse culpable por albergar una idea así de Jorge; se niega. Y no le extrañaría que ése hubiera sido, precisamente, su propósito.

—Está todo. Nos vemos luego.

Jorge no se despide cuando Darío sale de casa y cierra la puerta.

Vuelve al garaje. Coloca el macuto y el altavoz en el maletero. Arranca.

Trata de evadirse durante el camino. Necesita despejarse.

Odia a Jorge. Lo odia más a que a nadie en ese momento.

Pero pasará. Sabe que pasará.

Media hora más tarde llega a la urbanización. El GPS del móvil le guía hasta la casa. Por encima de la tapia puede ver los globos con los que han adornado el porche. Ha conseguido ser puntual, a pesar de todo.

Apaga el motor y envía un mensaje a la madre avisándole de su llegada. Cuando ha descargado el maletero, la puerta de la casa se abre.

—¡Hola! Soy Vicky.

—Darío... Salusto —responde él con una sonrisa—. Encantado.

—Pasa. ¿Necesitas que te ayude con eso?

—Para nada. Muchas gracias.

Entra al jardín. Los niños disfrutaban tanto de su merienda que no reparan en él. Vicky le guía por un lateral de la casa hasta la puerta

trasera.

—Por aquí —indica, dándole paso a la cocina.

—¿Te importa si dejamos el altavoz aquí fuera mientras tanto?
Para no rayarte el suelo.

—Claro, ningún problema. Ven. Voy a llevarte al baño de arriba,
para que no te molesten mientras te cambias.

Cuando Vicky cierra la puerta del baño, Darío toma aire. Trata de arrinconar la escena con Jorge. La necesita lejos de él durante la próxima hora.

Abre el macuto, saca los útiles del espectáculo, se quita la ropa y se zambulle en el traje. Se maquilla. Se coloca la nariz, el sombrero. Bajará descalzo las escaleras para atarse los zapatos justo antes de salir. Se mira al espejo.

Respira.

Todo va a salir bien.

Capítulo 4

Sus labios

—Te quedas a cenar, ¿no?

La propuesta encontró a Sergio desprevenido.

—¿A cenar?

—Voy a preparar a éstos una pizza. Puedo meter otra y nos la comemos aquí fuera.

—¿Estás segura? No tienes que invitarme por cortesía.

—¡Anda ya, cortesía! —rio Vicky—. A buenas horas nos estaríamos poniendo cortesés.

Sergio sonrió, tímido por primera vez en mucho tiempo. La siguió hasta la cocina. Vicky giró los mandos del horno, sacó del frigorífico dos pizzas precocinadas y las colocó en unas bandejas metálicas sobre la encimera.

A pesar del cansancio que evidenciaba, su cara seguía mostrándose bella.

No había transcurrido un mes desde que Sergio tuviera que reconocer ante sí mismo, en una mezcla de incertidumbre e ilusión, que estaba enamorado de Vicky.

La familia que se instaló en la casa de al lado estaba compuesta por una mujer simpática y resolutiva, un hombre que disfrutaba sus labores de padre cuando el horario laboral se lo permitía y un niño muy educado y más prudente de lo que se podía esperar en cualquier otro muchacho de su edad.

La entereza de la que hizo gala Vicky durante el proceso de separación, y que Sergio jamás vio en su propio ser ni en Carla cuando afrontaron su divorcio, afianzó el concepto que tenía de ella. Su mantenimiento del statu quo, reflejado en la magnífica fiesta a la que acababa de asistir, elevaba la admiración de Sergio por Vicky a un plano superior, consiguiendo que adorase incluso el automatismo con el que se llevaba tras la oreja un mechón de su melena rubia.

—Normalmente Pablo tiene la consola en el sótano —explicó Vicky mientras sacaba del frigorífico dos botellas de cerveza—. Pero, por si se les ocurría echarse una partida esta tarde, he preferido subirla para tenerlos mejor localizados. Espero que no te moleste cenar con la musiquita de fondo.

—Al contrario: lo peor que puede pasar es que me domine y termine uniéndome a la partida.

Vicky mostró una cálida sonrisa. Tendió a Sergio las cervezas y tomó una bolsa de patatas fritas aún por abrir. Regresaron al porche y se sentaron a la mesa que hubieron ocupado los niños, situándose ella donde antes había estado su hijo. Sergio se dejó caer junto a ella, con la mirada hacia el jardín.

—¿Has estado a gusto? —preguntó Vicky antes de llevarse la botella a los labios.

—Claro. Me he reído mucho con tus colegas. Con Enrique, sobre todo.

—Sí, es un tío muy divertido —hizo una pausa, manteniendo la vista en el suelo—. No sé si diría colegas... Al fin y al cabo, son los padres de los amigos de Pablo.

—Ya... Imagino que Magdalena no era la invitada de honor, precisamente.

Vicky rio sorprendida.

—¡Qué cabrón! —Dio un trago a su cerveza y continuó—. El problema es cuando te das cuenta de que tampoco sabes muy bien cómo diferenciar a este grupo de tus otras amistades. No sé si me explico.

—¿Te refieres a Alberto y vuestros amigos en común?

Asintió.

—Hay amistades con las que te relajas, por decirlo de algún modo. Dejas pasar el tiempo entre las veces que os veis y llega el día en que te acuerdas de esa persona y no piensas «Cuánto tiempo hace que no quedamos; vamos a ponernos al día», sino «Qué pereza me da la idea de volver a ver a esta persona».

—Y, si esa persona piensa lo mismo, termináis olvidándoos mutuamente.

—Justo. No ha habido tensión, ni agresividad, ni nada... Solamente distancia. Y luego está la otra parte, la de los amigos que has hecho en común con tu pareja.

—Y que no son tan amigos tuyos como de los dos a la vez.

Vicky mostró las palmas de las manos, en señal de evidencia.

—Cuando pasó lo que pasó con Alberto, prácticamente a todos se les activó el chip del posicionamiento: no podían estar en dos bandos a la vez. Los hay que se han despegado de ambos, incluso. Pero el meollo de la cuestión es que muchos, muchísimos de nuestros amigos eran previamente amigos de Alberto, con lo que, por probabilidad, a mí no me podía tocar una buena proporción en el reparto. Y así ha sido.

Un peso plomizo se acomodó en el pecho de Sergio.

—Sí que es verdad lo que dices: Enrique, Andrés, Yolanda... Son gente estupenda. Pero sé que, hasta que pase un tiempo, van a ser «los padres de». Al igual que yo seré para ellos «la madre de». Eso si llega a progresar la relación, que tampoco es seguro.

Aquel peso le concedió un momento de piedad para respirar.

—Joder. Lo siento.

—No te apures —respondió ella poniéndose en pie—. Son fases. Voy a meter las pizzas.

Y entró a la casa.

Sergio, que había fantaseado con el día en que rebelase a Vicky la verdad sobre las emociones que le despertaba, sintió la aguja de la realidad inyectando su veneno sangre arriba hasta el corazón. Se había apresurado demasiado a la hora de soñar.

—No creas que te digo esto con acritud —dijo apoyando una mano en su hombro mientras regresaba de la cocina—. Siempre has sido un tío muy prudente, tanto conmigo como con nosotros. Y, cuando te di la noticia, supe que tu respuesta era sincera.

Sergio se encontró con una mirada serena y confiada.

—Me alegro de que lo veas así.

Vicky le cogió la mano con la que aferraba la cerveza.

—Es verdad, Sergio. No quiero que, por contarte esto, te sientas culpable.

—No se trata solo de culpabilidad. Es... —pero se detuvo. El carrusel de revelaciones se había quedado a escasos milímetros de hacerle descarrilar hacia un punto de no retorno.

Sin embargo, podría jurar que Vicky había notado algo.

—A decir verdad —retomó ella—, nosotros no fuimos demasiado atentos contigo cuando Carla se fue.

—Y con razón —rio—. No llevabais un mes aquí.

Vicky también pareció liberarse de su propia presión.

—Espero que aceptes mis disculpas.

—Ya puede estar buena la pizza.

El silencio que siguió a las risas despertó en Sergio un nerviosismo muy característico. Y no lo había sentido desde los instantes previos al primer beso de Carla.

—¿Has conocido a alguien desde entonces?

—No —respondió rápidamente y con una voz dos octavas más aguda. Carraspeó—. Encuentros, pero nada más.

—¿Era lo que buscabas? ¿O es que no encontraste otra cosa?

—La verdad es que no tenía una idea fija —Respiró profunda pero silenciosamente, dispuesto a girar las cartas de Vicky al tiempo que dejaba entrever las suyas—. Imagino que a ti ni siquiera te han dado tiempo a asimilar la situación.

Ella asintió, retorciendo los labios en una sonrisa sardónica.

—Uno de la oficina —respondió—. Hacía ya tiempo que Alberto y yo nos habíamos separado, pero el divorcio no tenía cuarenta y ocho horas siquiera. Ni idea de cómo se enteró. Así que imagínate cómo me quedo cuando llega a mi mesa...

—Con cara de afligido y diciendo que no dudes en contar con él para cualquier cosa que necesites. Y que no pienses mal, por supuesto, que te aprecia mucho y respeta todas tus decisiones.

—Vale, ahora ya sé quién le dictó el discurso.

—Es de Primero de Carroñero.

—¡Ajá! Así que también lo has hecho, amigo.

—Tengo el suficiente amor propio como para desechar el panegírico en cuanto lo ensayo delante del espejo y mi propio reflejo me manda a la mierda.

Vicky soltó una hermosa carcajada. Sergio no supo qué mostraba su propia mirada, más allá de la nerviosa incertidumbre que navegaba arriba y abajo por todo su cuerpo. Sin embargo, los ojos de Vicky transmitían algo muy cercano a la ternura; podría tratarse incluso de gratitud.

El emisor de latidos en que se había convertido su pecho sumió a Sergio en un burbujeante anhelo por saber lo que ocurriría en los próximos minutos.

—Voy a echar un ojo a las pizzas. Puede que ya estén.

—¿Te ayudo?

Vicky negó con la cabeza antes de dejarlo a solas de nuevo.

No sabía dónde estaba, qué decir o no hacer. Cada palabra venidera, cada gesto se convertiría en un paso a ciegas sobre un campo de minas. Tenía claro dónde quería llegar, pero ni la menor idea de cómo hacerlo.

Oyó a Vicky en el salón. Servía la cena a los niños. En cuestión de segundos estaría de vuelta a la mesa con él. Y Sergio, completamente seguro de haber dejado caer unas nerviosas riendas, ignoraba hasta qué punto habían sido recuperadas por Vicky.

—Aquí está —dijo mientras volvía a su asiento y colocaba la pizza entre ellos—. Si te quedas con hambre, aún queda otra.

—¡Frena! Te recuerdo que hemos merendado hace nada.

—Es verdad. Hoy mi noción del tiempo se ha tomado unas vacaciones.

—Pues, para haber sido así, has coordinado la fiesta de maravilla —Sergio se llevó una porción de pizza a la boca y comprobó que se había

precipitado.

—Está fría, ¿verdad? —bromeó Vicky.

—Heladísima.

—Podemos esperar un poco. No hay prisa —Dio un trago a su cerveza—. Intuyo que Magdalena te ha interrogado.

El plomo que había anidado en el pecho de Sergio se dejó caer hasta el estómago. Bebió para ocultar la mueca de sorpresa que podía notar escaparse de sus labios. Respiró.

—Intuyes bien.

Sergio sintió que su corazón se desentendía de él y latía a ritmos frenéticos.

—¿Y qué le has dicho?

Buscó los ojos de Vicky. Los encontró en una mirada tierna.

—Lo que buscaba oír, no, me temo.

—¿Qué crees que buscaba oír?

Sergio hizo girar la botella de cerveza sobre su eje, moviéndola desde arriba con una mano y sujetando suavemente el cuerpo con la otra.

—Una confidencia acerca de mi amor por ti.

—Y la has privado de sentirse importante, a la pobre.

Dejó la botella en la mesa.

—No es ella a quien tengo que decírselo.

Ella le tomó las manos.

—Ya no hay marcha atrás. Lo sabes, ¿verdad?

Sergio dejó caer la cabeza en una sonrisa, como si aceptara de buen grado y con sonrojo un chiste hecho a su costa. Cuando levantó la vista, Vicky se había inclinado hacia él. Ella estaba tan nerviosa como Sergio. Lo notó en sus labios.